

UN SIERRA SINGULAR

Leopoldo ZEA

JUSTO SIERRA, espíritu polifacético en el que se aúna el hombre de letras con el hombre de acción, tentaría fácilmente a escribir su biografía a quien se le semejase o pretendiere semejarle. Sierra historiador, filósofo, literato, poeta, orador, político y maestro, sólo podría ser interpretado en todos estos aspectos por otro espíritu polifacético como lo es el de Agustín Yáñez.* Yáñez, al igual que el maestro mexicano, ha bregado por los campos de la historia, la filosofía, la poesía de su novela, sin faltar las piezas oratorias y mucho de política y pedagogía. El libro de Agustín Yáñez es una introducción exhaustiva a las *Obras Completas* del Maestro Justo Sierra. En él queda situada, si no línea por línea, sí en grandes conjuntos toda esta gigantesca obra que en la actualidad forma quince voluminosos tomos. Agustín Yáñez ha sido también el alma de esta difícil recopilación de obras, en la que se ha tratado de reunir hasta la última palabra dicha o escrita.

El maestro mexicano, con hábil técnica y poética expresión, es situado en el ambiente en que le tocara actuar, desde antes de su nacimiento, a las postrimerías de su muerte. En el abuelo y el padre se hace patente la progenie de la que Justo Sierra habrá de ser el más perfecto cumplimiento. La obra cumplida se presenta en nuestros días como la tarea a realizar. Sus contemporáneos, las más extraordinarias figuras de uno de los períodos más importantes de nuestra historia, se opacan y casi desvanecen ante la nimbada silueta que hace Yáñez del maestro Sierra. Pero no son sólo estas figuras las que se desvanecen, el mismo México en el que le tocara actuar queda borroso, reducido, sin perfiles concretos.

Los más importantes hechos de la historia de México que toca vivir a Justo Sierra se transforman en anécdotas, acci-

* AGUSTÍN YÁÑEZ.—*Don Justo Sierra, su vida, sus ideas y su obra.*—Centro de Estudios Filosóficos. Universidad Nacional Autónoma de México; 1950.

dentes de una vida hecha desde antes de su nacimiento, sin nada que ver con el mundo con el cual se ha encontrado. Sus luchas, sus debates y críticas quedan, por lo mismo, reducidas, ya que no hay oposición, lucha propiamente dicha, en un mundo presentado como simple marco. La extraordinaria figura del maestro Sierra, grande en múltiples sentidos, se aploma en un mundo sin perfiles. Lo gris de la realidad pintada desvanece la propia figura de Don Justo dejando tan sólo ver una mole en la que se adivina pujante fuerza; pero sin escorzo. Para destacarla no bastan los juicios laudatorios de su biógrafo, ya que estos mismos juicios no tienden a destacar sino a abstraer al biografiado de su realidad.

El México en que se mueve Sierra parece por momentos una gran provincia en la que los hilos de la historia fueran movidos familiarmente. Una gran familia parece ser la protagonista de esta historia. Familia en la que se encuentran incluidos todos los accidentales personajes que se mueven en torno a Sierra, incluyendo a presidentes como Porfirio Díaz, o figuras como Altamirano y Barreda. Sierra actúa entre ellos, a veces como un hermano mayor o padre de familia, aconsejando o exigiendo lo que considera ser lo mejor para ese mundo en que vive. En todo momento siempre está más allá de cualquiera de estas figuras, un poco mirándolas de soslayo. En ciertos momentos se antoja que Yáñez trata de contraponer al porfirismo, lo que podríamos llamar un "justismo"; pero esto no se alcanza porque el porfirismo carece también de perfil y, careciéndolo, su contraposición queda también desvanecida. Con un Don Porfirio desvanecido en una serie de rasgos comunes y corrientes de dictador familiar, Don Justo queda nuevamente aplomado, mole sin escorzo.

Sin embargo, este mundo que en lo general parece no tener perfil, adquiere en lo particular una serie de múltiples y claros contornos. El Sierra que se pierde, o es abstraído de la historia y cultura mexicana —presentándose ésta como algo accidental—, es rescatado en un mundo más cercano, más local, más familiar. Este mundo es pintado con mano maestra por Agustín Yáñez. Nada escapa a su acuciosa mirada. De los quince grandes volúmenes que componen la obra del maestro mexicano, sabe elegir la palabra justa que va perfilando a un

Justo Sierra íntimo, preocupado por realizar el conjunto de sus más caros ideales. La descripción del ambiente de familia del maestro y su "Conquista de México" son páginas de una gran belleza. El romanticismo jacobino de los contemporáneos de su juventud, a los cuales sorprende con su poderosa figura y sus primeras armas periodísticas y oratorias, contrasta con las páginas en las que el empeño de Yáñez no es ya describir la figura de Sierra sino limpiar a éste de supuestas acusaciones, ya que es en dicho empeño en donde la realidad que le tocara vivir al maestro queda desvanecida, y con ella su propia figura.

Esa mole aplomada y sin contorno, que es como en su totalidad queda Justo Sierra en el libro que reseñamos, es obra, no de la incapacidad del autor para perfilarla, sino del ánimo que parece haberle inspirado al escribirla. Anímo polémico contra supuestos detractores del maestro en que se hace patente una gran precipitación de juicio. En ocasiones parece haber inventado a estos detractores para darse el fácil placer de destruirlos, destruyendo únicamente los perfiles que forman la realidad propia de Justo Sierra. El jacobinismo, el positivismo y el porfirismo, propios no de Justo Sierra, sino de ese México del cual fuera el maestro su más clara y potente expresión, le son abstraídos. Agustín Yáñez, animado por un fervor un tanto extraño, trata de *limpiar* al maestro de las supuestas culpas y lo logra haciendo del jacobinismo, el positivismo y el porfirismo algo ajeno, no sólo a Justo Sierra, sino a la misma realidad mexicana. Así como ha imaginado detractores del maestro mexicano, imagina un jacobinismo mexicano ateo en un cien por ciento, un positivismo mexicano ortodoxo y un porfirismo del cual sólo Porfirio Díaz y sus allegados fuesen los únicos creadores y responsables.

Frente al jacobino, Yáñez pone al creyente, pero un creyente muy especial. Dice nuestro autor: "No se pretende...decir, ni siquiera sugerir, que haya sido un creyente ortodoxo, adicto a un dogma: su renuencia frente a las formas religiosas concretas fué invariable y se manifiesta en los documentos más íntimos. Este es el punto en que se concilian con sinceridad absoluta aquel sentimiento espontáneo, como vía de conocimiento natural, y su laicismo, sostenido en todo y a todo

trance, no como oposición a los objetos religiosos, sino como respeto a las diversas formas que asuma aquel sentimiento superior del hombre y las cuales, en juicio del maestro no corresponden a la escuela, sino al hogar y a la iglesia" (p. 186). Este tipo de religiosidad no es sólo propio del maestro Sierra sino la forma de religiosidad de todo un pueblo, de ese pueblo que ha sabido separar su sentido religioso de los intereses del Clero. Pueblo católico, pero no clerical. Pueblo que hizo posible el triunfo de ese mundo liberal en el cual se formó Justo Sierra. Punto de vista que ha sido sostenido por todos nuestros jacobinos. Eje de una de las etapas más importantes de nuestra historia en la que la libertad del hombre puede conciliarse con su religiosidad.

El Sierra positivista es también negado presentando lo que Yáñez llama un Sierra "intuicionista". "Justo Sierra [dice] buscó en el positivismo un método científico. Y rechazó, ya desde 1874, el contenido doctrinario del sistema, tachándolo de exclusivista y dogmático" (p. 189). En México, con la sola excepción de Horacio Barreda (hijo de Don Gabino), y Agustín Aragón, no hubo positivistas ortodoxos. El positivismo del propio Gabino Barreda, introductor del positivismo en México, es sólo instrumental, puesto al servicio de la realidad mexicana. Si Justo Sierra ha alterado la jerarquía de las ciencias establecida por el positivismo comtiano al poner a la historia como remate de las mismas en vez de la sociología, Gabino Barreda ha hecho también fundamentales alteraciones al positivismo, entre éstas la de la divisa comtiana: "amor, orden y progreso", poniendo la de "*libertad*, orden y progreso". Todo esto lo podrá comprobar Agustín Yáñez con una atenta relectura de trabajos que se han referido al tema. El positivismo de Justo Sierra, especialmente el inglés de Mill y Spencer, se hace patente en las múltiples citas ofrecidas en este libro. Positivismo que nada tiene de ortodoxo, como tampoco lo tiene el de los llamados positivistas mexicanos cuya única preocupación, como la de Sierra, fué transformar la realidad que les había tocado en suerte. Positivismo que no es en forma alguna producto de una imitación, sino expresión de anhelos y sueños de un pueblo que aspiraba a cambiar un ser, que consideraba negativo, desde sus mismas raíces. El intuicionismo

de Sierra es propio de ese mismo pueblo que al igual que él ha sabido ir más allá de su propia realidad intuyendo, aun en las etapas más difíciles de su historia, un mundo cada vez mejor, aunque no sepa describirlo y planear su realización.

“Los abundantes aspectos peyorativos del término *porfirismo* [dice Yáñez] dejan incólumes la figura y la obra de Sierra.” “La obra del maestro Sierra es una de las atenuantes que harán valer los reivindicadores del porfirismo” (p. 196). “Vale señalar el punto desde su origen para después explicar las relaciones de Sierra con el porfirismo, esgrimidas contra el primero en tono de acusación, presentándolo sin paliativos, atado al carro del caudillo y luego al de la dictadura, *cuando el caudillo fué quien siguió las ideas trazadas por Sierra y su grupo*” (p. 66). De acuerdo con estas citas parece que el porfirismo estuviese siendo tomado más en un sentido demagógico que histórico. Desde un punto de vista histórico Porfirio Díaz es algo más que un simple militar afortunado, es el símbolo de una época histórica, el símbolo de lo que un pueblo hizo y dejó de hacer. Si del porfirismo, con todos sus errores y negaciones, sólo se salvara la obra educativa de Sierra, el porfirismo se salva con ella. Toda la fuerza y voluntad de un hombre para realizar determinada tarea social, como la realizada por Sierra, sería inútil si no contase con el apoyo de fuerzas capaces de realizarla. Estas fuerzas estaban en manos de Porfirio Díaz y de su régimen. Sin ellas la labor de Justo Sierra no habría pasado de ser un sueño juvenil. De ello el más consciente fué el propio maestro, que se consideró parte de esa realidad a la cual dió los instrumentos de innovación. Tanto Justo Sierra como Porfirio Díaz forman parte de la realidad que lleva en nuestra historia el nombre de porfirismo. Realidad que en ninguna forma puede ser reducida a las ambiciones de un militar y su grupo. No, es algo más, se trata del camino seguido por el pueblo que ha elegido esta ruta. “Esa nación que en masa aclama al hombre, ha compuesto el poder de este hombre [dice Sierra] con una serie de delegaciones, abdicaciones”. Sierra sabía también que este mismo pueblo podría, un día, recuperar los derechos que delegaba y abdicaba, como de hecho lo hizo cuando los fines de Porfirio Díaz y su grupo no concordaron más con los de este pueblo. Esto

es, cuando el porfirismo dejó de ser un instrumento de su evolución transformándose en obstáculo. Esta etapa no puede ser considerada como un tiempo perdido de la Nación mexicana, sino como una etapa necesaria de su evolución, dentro de la cual la obra educativa de Justo Sierra representó el elemento más activo de la misma. Obra que trasciende al régimen del cual surge y ofrece uno de los elementos constructivos de la Revolución Mexicana. Ésta, para cumplir con su destino histórico, ha tenido que ir o tendrá que ir más allá de la obra realizada o apuntada por el maestro mexicano.

Páginas sinceras, llenas de emoción, son aquellas en que Agustín Yáñez presenta las reacciones internas del maestro en sus relaciones íntimas y ante el espectáculo que le ofrecen otras tierras, como se describe en el capítulo que se titula "Conquista del exterior". También se destacan los juicios de Yáñez sobre Justo Sierra literato, que en este campo nuestro autor es un maestro por la obra realizada y por su capacidad crítica.

Los juicios anteriores no tratan, en forma alguna, de reducir validez a este libro que, de cualquier manera, será un necesario punto de partida para todo trabajo que se realice sobre el maestro mexicano. Como se dijo al principio, es un trabajo exhaustivo y magníficamente escrito, y, por ahora, el único con que se cuenta a partir de la recopilación de la totalidad de la obra de Justo Sierra.